



Este no es un discurso de graduación, no lo es, porque simplemente se trata de una reflexión humilde y sencilla sobre lo que han supuesto estos dos últimos cursos. Es un monólogo interior, un soliloquio que mantengo conmigo mismo, con mis reflexiones, con mis sentimientos, con mis querencias. No es por tanto un discurso al uso. Es algo que sale del corazón, como cuando la mujer de Mario se dirige a su marido al velarlo, expresándole sus quejas y deseos, sus esperanzas rotas, su desamor, sus sueños y frustraciones...

Hace ya más de un curso que me encontraba con alumnos nuevos, en su mayoría desconocidos para mí y, como siempre, inevitablemente, el pánico, el miedo a lo imprevisto, al qué será, al actuar sin red, como en un circo; y, por parte de ellos, quién será éste, qué querrá de nosotros, qué pretenderá... Y poco a poco el ambiente se va distendiendo, se habla con unos y con otros, se van abriendo los corazones, se empiezan a moldear, a integrarse en su mundo, en sus aficiones... Se van comprendiendo y empieza a advertírseles de que en Bachillerato se abre un nuevo mundo—no tan grande como el de de Colón, por supuesto—, pero sí un mundo que les abrirá y cerrará puertas según el propio esfuerzo de cada uno de ellos..., y vemos *El Club de los poetas muertos*, y *Descubriendo a Forrester* y se les intenta abrir los ojos y que reflexionen sobre lo que han visto, sobre su futuro. Y ahí se siembra un grano que se espera que tarde o temprano germine y que no tarde en fructificar, con cariño, con cuidado, con mimo... Hay quien lo entiende, y descubre que hay que aprovechar el momento. ¡SÍ!, disfrutar de lo que la vida les ofrece, pero sobre todo eso, aprovechar el momento, el tópico del *Carpe Diem*... No dejar la oportunidad que se les presenta, no dejar pasar el tren y tener que ir a buscarlo a la próxima estación, o esperar a que pase otro...

Y que se preparen, que 2º de Bachillerato no es un camino de rosas, sino de espinas, y que la Selectividad tampoco lo es, pero que tienen que ser fuertes y no desfallecer. —Me pregunto cuántas veces habrán oído en sus clases la palabra Selectividad—.

Y empieza 2º, y nuevas advertencias: que el curso es largo y difícil, que lo pasarán mal, y que en mayo — «... cuando hace la calor, cuando los trigos encañan y están los campos en flor, cuando canta la calandria y

responde el ruiseñor, cuando los enamorados van a servir al amor; sino yo, triste, cuitado, que vivo en esta prisión»— Llegarán los agobios, las prisas, el estrés; y entonces les recomiendo «Palabras para Julia», de José Agustín Goytisolo, que la lean y la escuchen, porque son palabras imperecederas que un padre dedica a su hija, pero también a cualquier hijo: «Te sentirás acorralada, te sentirás perdida o sola, tal vez querrás no haber nacido. Yo sé muy bien que te dirán que la vida no tiene objeto, que es un asunto desgraciado. Pero la vida es bella, ya verás cómo a pesar de los pesares tendrás amigos, tendrás amor. Nunca te entregues ni te apartes junto al camino, nunca digas no puedo más y aquí me quedo. Y siempre, siempre, acuérdate de lo que un día yo escribí, pensando en ti, como ahora pienso».

Y soy yo el que ahora piensa: pienso en vosotros, en lo que habéis conseguido y en lo que podréis conseguir, con ánimo, con voluntad, aprovechando el momento... No lo dejéis...

Pienso, pero también recuerdo el «Brindis» que Gerardo Diego, poeta del 27 al que deberíais conocer, dedica a sus alumnos —y a los padres de estos—, y que siempre me ha servido de referente. Dicen así estas palabras:

«Y les hablaré de versos y de hemistiquios, y del Dante, y de Shakespeare, y de Moratín (hijo), y de pluscuamperfectos y de participios, y el uno bostezará y el otro me hará un guiño.

Y otro, seguramente el más listo, me pondrá un alias definitivo. Y así pasarán cursos monótonos y protijos. Pero un día tendré un discípulo, un verdadero discípulo, y moldearé su alma de niño y le haré hacerse nuevo y distinto, distinto de mí y de todos: él mismo.

Y me guardará respeto y cariño. Y ahora os digo: amigos, brindemos por ese niño, por ese predilecto discípulo, por que mis dedos rígidos acierten a moldear su espíritu, y mi llama lírica prenda en su corazón virgíneo, y por que siga su camino intacto y limpio, y porque este mi discípulo, que inmortalice mi nombre y mi apellido... sea el hijo, el hijo de uno de vosotros, amigos».

Pero igual que yo recuerdo, recordad vosotros también, recordad el Centro que os dio la oportunidad, y siempre, siempre... lo llevéis en el corazón, como yo lo llevo, y ahora escribo.

Fdo. Profesor Dr. Gabriel Maldonado Palmero